



# CARRETERA HERIDA

Laura López Altares

**S**u cabeza era un campo de batalla; sus cicatrices, heridas de guerra no acontecida. Porque Candela tenía la concepción romántica de que había pasado su vida entera corriendo hacia las balas; pero en realidad no había hecho otra cosa que esquivarlas de tal forma que sólo la rozasen... Y no hay nada más doloroso para un guerrero que descubrirse huyendo ante un combate inminente; verse convertido en un maldito cobarde. Y esa era Candela.

Los libros de Hemingway eran su única religión, y solo había tres cosas en este mundo capaces de calmar sus ensordecedores demonios (aunque después de haber dado la espalda a su Vietnam sentimental, no había forma de pararlos). Una de ellas era escuchar a los Stones lo suficientemente fuerte como para acallar esas

insidiosas voces; otra, dar en el blanco -cualquier blanco-; y la última era perderse en el Mercado de las Atarazanas, esa espléndida edificación que en otras vidas fue astillero, arsenal, hospital militar y cuartel.

Su nombre todavía evoca aquel misterioso pasado que tanto seducía a Candela; podía imaginar de forma nítida aquel astillero nazarí del siglo XV, todas las historias que se habrían vivido a bordo de los barcos que se construían bajo su techo. Su imaginación desbordante era un arma de doble filo, y perderse en aquel espacio ahora lleno de infinitos aromas, sonidos y sabores que también había albergado munición y heridos de guerra era un bálsamo para su hiperactiva cabeza. Un bálsamo autodestructivo. Por eso le fascinaba tanto.

De niña pasaba horas contemplando las espectaculares vidrieras que lo rodeaban, viendo

cómo iban cambiando con la luz según se sucedían las horas. Y memorizaba todos los ingredientes del mercado (lo cual ayudaba a satisfacer -al menos en parte- esa ansia inmensa de saber): boquerones, sardinas, jureles, atún, cigalas, cañailas, tomates, alcachofas, uvas moscatel, berenjenas... Con 7 años ya se sabía los nombres de todos los pescados y frutas; a los 9 ya había aprendido las banderas de medio mundo.

Su cabeza, además de ser un campo de batalla, era una especie de caótico ordenador portátil. Las fechas y las personas se le quedaban dentro; no podía evitarlo. Tal vez por eso llevara siempre puesta una armadura invisible, para intentar evitar que la metralla atravesara esa piel tan dura -pero extremadamente sensible-. Estudió Historia (jamás contempló otra opción) porque le obsesionaba la guerra, porque su curiosidad por otras culturas era insaciable y porque el pasado de los pueblos le atraía de una manera casi desesperada.

Había escuchado en alguna parte que “un pueblo sumido en la ignorancia de su pasado, es un pueblo doblemente herido”. Y aunque era el ser más impaciente e inconstante del mundo, estaba absolutamente comprometida a entregar todo cuanto era para que las generaciones futuras comprendieran cómo habían llegado hasta aquí. Estaba a un Doctorado de conseguirlo, pero se sentía completamente paralizada, incapaz de tomar decisiones sobre su futuro (ella que jamás había dudado; ella que jamás había fallado un tiro).

Perderse sola en el Mercado-cuartel -el mismísimo epicentro de su zona de confort- le tranquilizaba de un modo irracional: reconstruir en su mente todos esos aromas que le asaltaban, recordar de forma precisa dónde se escondía cada sabor, tomar su pincho de gambas con una copa de vino dulce malagueño como si en aquel terrenal placer fuera a hallar la fórmula de la felicidad perdida.

No estaba allí, por supuesto, sino dentro de ese bello desastre que era su cabeza. Pero ahí no quería mirar, y lo cierto es que esa explosión de sabores y el ritual que acompañaba a su pequeño banquete era casi tan sagrado

para Candela como las palabras del impetuoso Hemingway. Se sentaba en la maltrecha barra y dejaba que la esencia de esa tierra a la que amaba y odiaba a partes iguales se hiciera con el control de sus sentidos. Y era maravilloso perderlo por un instante.

Una mañana, el salino y templado invierno malagueño rompió su rutina con un inesperado acompañante en la barra en la que se sentaba cada mediodía. Tenía unos profundos ojos color miel, la tez tostada, el pelo completamente blanco y las manos destrozadas por el paso del tiempo. Antes de que le diera tiempo a beber el primer trago de su copa de vino dulce, Candela ya se había adelantado (siempre lo hacía, a lo bueno y a lo malo), imaginando el pasado de aquel anciano. Aunque no tenía ni idea de cuánto iba a cambiar su presente...

Al principio no le prestó demasiada atención -le recordaba mucho a sus abuelos y se arrepentía tanto de no haberlos visitado lo suficiente cuando todavía estaba a tiempo-, pero la sonrisa amable de aquel hombre y la visión de su mano quebrada sosteniendo el cucurucho de pescaíto frito despertaban una ternura en Candela que no podía explicarse (ella que había desterrado esa palabra de su vocabulario).

En ese primer encuentro apenas cruzaron dos palabras, pero a la mañana siguiente aquel hombre seguía allí, con su cucurucho de pescaíto frito en la mano y los ojos inundados de historias, dispuesto a contárselas a quien quisiera escucharlas. Y Candela, aunque reacia a hablar con desconocidos, jamás había sabido resistirse a una buena historia...

José había nacido en 1930, y con 7 años vivió uno de los episodios más salvajes y cruentos de la Guerra Civil española: “la Desbandá”. Con Málaga sitiada por las tropas sublevadas, en torno a 100.000-150.000 personas emprendieron la huida de la ciudad por la Carretera de Málaga a Almería. En esta trampa mortal cayeron más de 5.000 personas (mujeres y niños en su mayoría). Casi todos los malagueños conocían esa honda cicatriz de su pasado, pero a Candela nunca le había escocido de la forma en que lo hacía al escuchar a José.

Les disparaban cañonazos desde dos barcos -el Cervera y el Canarias-, les ametrallaban desde el monte y les bombardeaban desde el cielo. Fue una auténtica masacre. El padre de José les decía a él y a su hermana que los muertos -que estaban por todas partes- eran gente durmiendo, que no se asustaran. Pero José sabía perfectamente que no estaban dormidos. En un momento de caos absoluto José perdió a su familia, y aunque gritó sus nombres hasta quedarse sin voz, nunca recibió respuesta. Tenía tantas llagas en los pies ensangrentados y tantísima hambre -llevaba días comiendo tan solo caña de azúcar- que llegó un momento en el que no pudo avanzar más. Confesó a Candela -casi avergonzado- que en aquel momento se había rendido.

Pero Candela sabía leer muy bien en los ojos de la gente, y aquel hombre no era de los que se rendían. Destrozado, sí, pero no derrotado. Lo había visto cientos de veces en las obras de Hemingway: a ellos era a quienes cantaba, por hombres como José doblaban las campanas.

A la mañana siguiente, José se despertó con los cañones de aquellos barcos infernales, y se sentó en una piedra a esperar (la muerte, la vida; lo que fuera pero que llegara de una vez). Odiaba a aquellos que les masacraban, pero también a aquellos que no hacían absolutamente nada por ayudarles. Entonces, escuchó a un caballo trotar y pararse junto a la piedra, y no quiso ni levantar la vista. Pero la voz sonaba sorprendentemente cálida, así que acabó contándole a un hombre al cual no quería ni mirar que había perdido a su familia durante la huida. Aquel soldado republicano le subió a su caballo, y José no pudo expresar de un modo más certero lo que significó ese momento: "trotamos hacia la vida".

Nunca encontró a su familia en Almería, pero desde allí embarcó a Valencia junto con otros supervivientes. Y acabó en un pequeño pueblo de Francia, donde diez años después conocería a la panadera que se convertiría en su esposa, ya lejos del ruido de los aviones y las ametralladoras. Cuando ella murió, José regresó a su patria, a la que no había dejado de amar ni un solo día desde aquella terrible huida.

Cuentan que Picasso dijo que el "Guernica" tenía que haberse titulado "Málaga" tras conocer el bombardeo incesante que recayó sobre quienes huyeron de la ciudad aquel febrero de 1937. Después de varias semanas compartiendo bocados marinos y confesiones profundas con José, Candela entendió al fin una frase de Hemingway que le fascinaba desde siempre: "escribe duro y claro sobre lo que hiera". Su Doctorado le llevaría una y otra vez a aquella terrible carretera, pero merecía la pena desgarrarse y ahondar en el dolor. Porque encontraría al resto de supervivientes de aquella matanza y se lo contaría al mundo; rescataría su memoria y les daría voz.

Primero conoció a Dolores y Carmen, luego a Antonio, Manuel, Vicenta... por todos ellos también doblaban las campanas, y todas sus historias se iban quedando cada vez más dentro de Candela. Una tarde, volviendo de casa de Carmen, comprendió lo muchísimo que había cambiado su mundo desde que les había conocido. Los Stones le recordaban por los auriculares que no siempre podemos conseguir lo que queremos; pero sí que podemos elegir si rendirnos o bajar a la arena.

Candela se dio cuenta en ese instante de que se había ganado a pulso su Vietnam sentimental, ese que meses atrás le había dejado llena de cicatrices y sola con sus demonios, postrada en su hospital de campaña particular. Se lo merecía. Nunca antes había querido a nadie con esa ferocidad, pero oyó las balas silbar tan cerca que se desorientó completamente. Por eso cuando llegó aquel ultimátum ("documento que contiene la última condición propuesta; ya que, de ser rechazada, conduce a la ruptura de relaciones y, casi siempre, a la declaración de guerra") no fue capaz de mover ni un músculo; el miedo la paralizó. La tiradora experta, la amazona; la cobarde.

Y corrió como nunca antes había corrido. Corrió cual kamikaze hacia su Vietnam sentimental; corrió sin saber si era o no tarde; corrió hacia las balas por primera vez en su vida. Corrió para que las campanas también doblaran por ella. ■

*\*Nota de la autora: el personaje de José está inspirado en hechos reales*